

Rev 467

LAZARILLO

Año

1943



coscubs



1

COLABORAN EN ESTE NUMERO:
 Giménez Caballero, Dionisio Ridruejo, Francisco Maldonado, Juan
 Voltés, Rafael S. Torroella, Alfredo de los Cobos, Antonio Tovar,
 Constante Azpiroz, Luis S. Grankjel, Antonio García Boiza, César
 García Sánchez, Angel de Apráiz, José Artero y Mariano Molina

Precio, 1,50 ptas.



FOTOGRAFIA DE ALTA CALIDAD

D. Marcos

Prior, 5 - SALAMANCA - Tel. 1741

ESCULTOR-DECORADOR

EROTEIDES CASCAJO

FABRICA DE PIEDRA, MARMOL ARTIFICIAL Y ELEMENTOS DECORATIVOS

TELEFONO 1168
SALAMANCA

CASTILLA

El salón comfortable

de servicio esmerado

Café - Bar - Helados - Salón de te - Repostería

HOTEL
RESTAURANT

UNIVERSAL

AGUA CORRIENTE Y TELEFONO EN LAS
HABITACIONES - COCINA ESPAÑOLA
ESPACIOSO COMEDOR

RUA NUM. 13

Teléfono, 2006

TEJIDOS
ALTAS FANTASIAS
ULTIMAS CREACIONES

RIDRUEJO

Teléfono 1866

PLAZA MAYOR, 5 Y 6
SALAMANCA

BANCO DEL OESTE DE ESPAÑA

CAPITAL TOTALMENTE SUSCRITO . . . PTAS. 10.000.000
RESERVAS » 2.570.000

Casa Central: SALAMANCA
Calle de Zamora, 4 y 6 y Dr. Piñuela, 5
EDIFICIO DE SU PROPIEDAD

SUCURSALES Y AGENCIAS: Alba de Tormes, Aldeanueva del Camino, Arroyo de la Luz, Avila, Béjar, Burguillos del Cerro, Candeleda, Cañaverál, Ciudad Rodrigo, Coria, Hervás, Jaraíz de la Vera, Lumbrales, Miajadas, Peñaranda de Bracamonte, Plasencia, San Vicente de Alcántara, Torrejoncillo, Valencia de Alcántara, Villafranca de los Barros, Vitigudino y Zafra.

FILIAL DEL BANCO URQUIJO - MADRID

Realiza toda clase de operaciones de Banca y Bolsa
Caja de Ahorros e Imposiciones a plazo

Se facilitan HUCHAS para el ahorro a domicilio
CAJAS DE ALQUILER: Departamentos individuales desde 30 ptas. al año.

Battaner.

ELECTRICIDAD

PHILIPS RADIO-DISCOS

Teléf. 1036 - SALAMANCA - Gmo. Franco, 38

LIBRERIA CERVANTES
Y PAPELERIA

GERMAN S. ALMEIDA (Sucesor de E. Viñuela)

Obras literarias, Textos, Menaje para Escuelas,
Objetos de Escritorio, etc. - Se reciben
encargos de trabajos de IMPRENTA

J. A. Primo de Rivera, 9 - Teléfono 1355 - SALAMANCA

LIBRERIA CULTURAL
PAPELERIA

Zamora, 1 - Salamanca

Visite nueva Joyería y Platería

Castillón

Rúa, número 4 - Salamanca

LAZARILLO

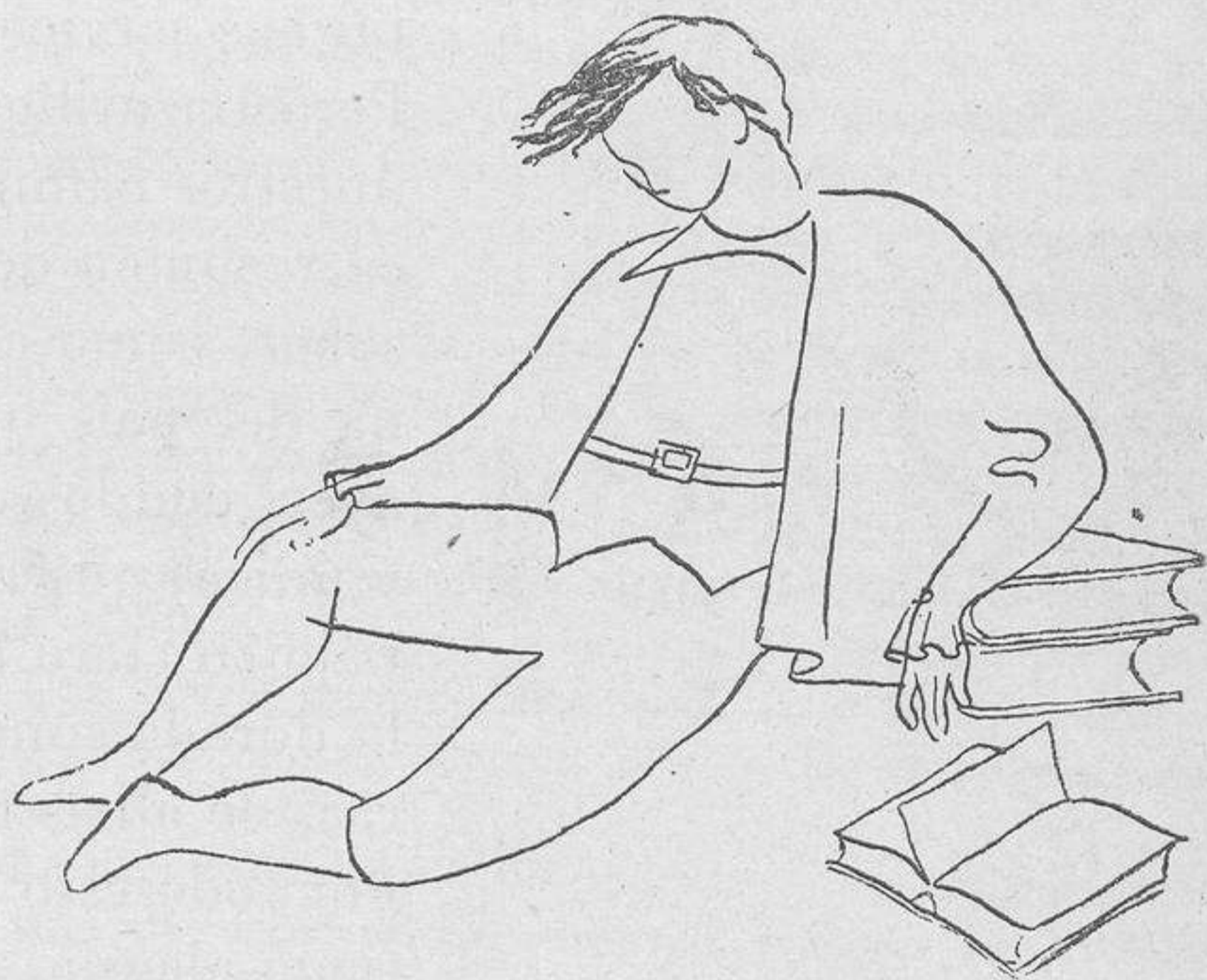
ARTE Y LETRAS



AÑO I

SALAMANCA, ABRIL DE 1943

NUM. 1



SUMARIO

OTRA VEZ LAZARILLO: Redacción.
 POSTGUERRA Y PICAESCA: Giménez Caballero. — CARTA DE UNA TARDE: Dionisio Ridruejo. — PASMO (SONETO): Francisco Maldonado.
 INVOCACION-SONETO DEL AMOR PERDIDO: Juan Voltes. — ROMANCILLO: Rafael S. Torroella. — TRES SONETOS DE MI PRIMAVERA: Alfredo de los Cobos. — DIEZ POEMAS DE BARTRIHARI: Trad. por Antonio Tovar. — PEQUEÑO ENSAYO SOBRE GRANDES COSAS: Hamann (Mago del Norte). — TRES SUGESTIONES A

UN SONETO: Luis S. Grankjel. — EL TORO DE SALAMANCA, CATEDRA DE LAZARILLO: Antonio García Boiza. — TORO, ¿POR QUE NO VUELVES AL PUENTE?: César García Sánchez. — PASO DIFICIL EN LA SALAMANCA CLASICA: Angel de Apráiz.
 GERARDO DIEGO: A. de los C. — EL MAESTRO DE LOS PICAROS: José Artero. — ¿POR QUE EXISTE LAZARILLO?: A. T. — EL SONETO REFUGIUM PECCATORUM: R. S. T. — LAS MEMORIAS DE PIO BAROJA: Mariano Molina.

OTRA VEZ LAZARILLO

Los ojos de Lazarillo se asoman al claro y dulce Tormes. Apoyado en el muro de la puente mira en silencio deslizarse el río por entre jugosas márgenes; y piensa en el agua que allí, a sus pies, prosigue esparciendo por la vega su canción de siempre: infantil, jubilosa, alegre.

También las antiguas torres están allí, lavando sus oros eternos en la mansedumbre del río. Todo está igual, la vida se renueva por los mismos cauces. Y Lazarillo se siente invadido por una dulcísima emoción. Ha estado ausente mucho tiempo de la ciudad a quien pertenecen sus mejores afectos, esta Salamanca que sabe rendirse con ternura al que a ella se acoge en solicitud de íntimos fervores.

¿Por dónde ha andado Lazarillo en los últimos años? Habría que preguntárselo a él y casi no nos atrevemos a interrumpirle en este soliloquio que va de sus memoranzas — aquí, acodado en este muro de piedras entrañables —, a la presencia rumorosa del aire, del agua, de la luz que advertidos de su llegada desgranar en su torno sus risas mejores. Dejémosle ahí: no faltarán ciegos, hidalgos más ricos en propapia que en bienes de fortuna, y hasta bulderos — no se ha extinguido la profesión — que vendrán a su encuentro y hasta puede que a solicitar sus servicios.

Pero Lazarillo ha aprendido muchas cosas en sus años de vagar por nuestros caminos, posadas, campos y feriales. O tal vez una sólo que es resumen de todas las demás: que no hay sinceridad, poesía, amor, saber, como estos que alimentan las raíces más hundidas en la entraña del país que nos dió la vida: ésta que compartimos con los de ayer, con los de hoy y con los que vendrán mañana; que es numerosa y única, que tiene labrado su cauce como este mismo río que corre bajo su claro mirar, sobre cuyas aguas fugitivas permanece inmutable la dorada sonrisa de las piedras eternas y que conoce de noches oscuras, de albas temblorosas y de soles radiantes.


Por todo esto Lazarillo tiene limpio el corazón y no ha perdido su antigua alegría, ni el desenvuelto ademán por el que todos lo reconocemos. Y así, sabedores de su llegada, también nosotros hemos salido a su encuentro, a darle la bienvenida. Unos descendemos del Estudio, otros del breve cuarto de trabajo que cobija nuestros sueños, alguno del cercano convento de San Esteban, ungido siempre de mieles jubilo-

sas, y no faltan tampoco otros que desde más lejos se apresuran a hacernos portadores de sus parabienes...

— ¡Pues qué! ¿Aún hay quien por estas tierras se acuerda del hijo de Antoña, la molinera del Tormes? — nos dice sorprendido.

— Aún hay, señor Lazarillo — le contestamos.

Lázaro sonrío:

— Apéenne vuestras mercedes del tratamiento que no huelgo de ser en mi patria sino Lazarillo a solas. 

RIEGA á Salamanca el famoso Río Tormes, de cuyas aguas hablando Marino Siculo dice: Que son delgadas, limpias, y purgativas; el Doctor Laguna, Medico de el Papa Julio III. compara las aguas de el Tormes á las de el Río Tiber, que baña á la gran Ciudad de Roma, diciendo de estas, que ningun Río las iguala en virtud, bondad, y excelencia, y que solo pueden competir con ellas las de el Tormes; lo cierto es, que sus aguas son sabrosas, crystalinas, y saludables asi á Naturales, como á forasteros, sin embargo de que á algunos de ellos no les prueban bien, por lo delgadas y sutiles que son; abunda de excelentes barbos de toda magnitud, de gustosas rubias, de peces de diversos generos, de muchas grandes, y sabrosas truchas: Marino Siculo dice, que en su tiempo se pescó una, que pesó 18. libras, en los nuestros tambien se han cogido de á 15. y aun de mas peso; pescanse tambien en dicho Río multitud de anguilas; y finalmente su pesca aventaja á la de los demás Rios, en sanidad, gusto, y sabor por la delicadeza, y limpieza de sus aguas. (B. Dorado: "H.^a de Salamanca")



LAZARILLO SE HA LEVANTADO Y ANDA OTRA VEZ POR ESPAÑA



por GIMENEZ CABALLERO

El genio español que encarnara "Lazarillo el del Tormes" no ha muerto. Se ha levantado y anda otra vez por España. Anda redivivo, con forma brutal, nueva y alarmante: en el "Pascual Duarte", de un autor—Camilo José Cela—hasta ahora tan desconocido como lo fuera el autor del "Lazarillo".

Una mañana salía yo de cierta dependencia oficial. Me encontré con un amigo que iba con un muchacho alto, extrañamente encarado, pálido. Este último, sin apenas presentación, me dijo:

—Te voy a mandar mi "Pascual Duarte".

Lo recibí con una dedicatoria positiva y violenta.

No hice caso del libro, pues desde la guerra tengo cierta superstición contra la literatura.

Pero no sé por qué, una noche se me ocurrió hojearlo. Y, angustiosamente, lo devoré de un tirón. Aquella noche dormí mal.

No había leído páginas más atroces. "Pascual Duarte" era un condenado a muerte que contaba su vida momentos antes de ser ajusticiado. En un estilo directo, bárbaro, impasible.

Si "César Borja" hubiese escrito sus Memorias (antes de morir comido de perros en Navarra) y en vez de haber vivido en el Vaticano hubiese vivido en un poblacho de Badajoz, esas memorias serían las de "Pascual Duarte".

"Pascual Duarte", pobre y buscón como Lazarillo: pero ambicioso y asesino como César Borja.

Un pícaro extremeño, haragán, vagabundo, sin oficio conocido, pero que tienta a la Fortuna con navaja, a falta de veneno y de sicarios. Un chulo—quizá de fondo bueno—que termina por asesinar a su propia madre. Como seguramente César Borja asesinó a su propio padre Alejandro VI, para heredar su solio pontificio y ser César y Papa: el sueño más grande que tuvo la humanidad desde que sucumbiera Julio César, el impar ejemplar humano que logró reunir en su individual figura el Poder temporal y el Poder espiritual: siendo Caudillo y Pontífice.

Pascual Duarte no aspiró a tanto. Su chulería repugnante quizá tenía un fondo decente. No nació quizá malo del todo. Como no nacieron del todo camallas Lazarillo, ni Pablos, ni Guzmán, ni Estebanillo, ni Justina, ni Alonso, ni la Garduña. Fué el origen infame de su nacimiento, tal vez. Hijo de mala madre y de peor padre. (La madre de Pascual prostituye a su propia hija y ve morir a su marido de hidrofobia, sin llorar.) La mala hierba de la Picaresca clásica surgió del ambiente derrotista, miserable y desilusionado de las postguerras imperiales de España. El pícaro—que iba siempre para señorito, para hidalgo—, al ver que no logra nada, se encanalla, y por no trabajar pasa los peores trabajos de un hombre. El pícaro quisiera ser noble y heroico como Amadís, pero al comprobar que el heroísmo y la nobleza sólo sirven para que la gente se ría como de Don Quijote, tira de cuchillo y se abre paso hasta el patíbulo.

"Pascual Duarte", metido a tiempo en la Legión, hubiese ganado la Laureada. Escapado a América, hubiese llegado a cabecilla de revolución mejicana. Pero al llegar a la Coruña para embarcarse a Buenos Aires y ver que no tenía bastante para el pasaje, se vuelve a su pueblo y ahí estuvo su perdición.

Mató al que había perdido a su hermana y querenciaba a su mujer. Después, ya el instinto de matar le lleva a apuñalar

a su propia madre, por odio, como en venganza indecible de haberle parido, de haberle dado aquella vida y aquellas ganas de matar. Precisamente cuando, casado por segunda vez, todo parecía que se le iba a arreglar en la vida...

Yo llamé en seguida al autor de "Pascual Duarte". Y me lo puse cara a cara. Era un mozo bigardo y espigado.

—Sabes, tu "Pascual Duarte", que ya siendo joven mató a su pobre perro (a quien quería) por el gusto, por la fatalidad, por una querencia oscura de matar, se aparta de la línea clásica de los pícaros españoles en eso, pues casi ninguno fué criminal. Casi ninguno pasó de ladrón.

—¡Psh!—me contestó encendiendo un pitillo.

—Cuéntame tu vida.

En pocos rasgos me contó su vida. Había nacido en Padrón (la vieja Iria Flavia). Pero tenía, además de sangre gallega, mezclas inglesas e italianas. Estuvo muy enfermo del pecho cuando nuestra guerra. Medio derrengado, se pasó un día a las líneas nacionales desde zona roja. Por su enfermedad no le admitieron en una bandera de Falange para ir al frente. Y se las arregló de modo que se enroló en la Legión a ver si le pegaban un tiro. No le pegaron un tiro. Pero vivió la dureza del legionario, por tierras extremeñas. Licenciado tras la guerra, estando en una oficinilla de pueblo, se le ocurrió utilizar el cuaderno de cuentas para escribir las hazañas de "Pascual Duarte y su familia". Le salió un breve libro. Una novela autobiográfica que nadie quiso publicar. Por fin la imprimió en Burgos con pocos ejemplares, que regalaba a los amigos.

Estaba muy pálido. Acababa de hacer en un Sanatorio una larga cura de reposo. Y sin embargo, mientras me hablaba, no dejaba de fumar y beber añis. Como si aún estuviese en la Legión.

—¿Sabes que has escrito algo de verdad? ¿Sabes que has escrito la única novela importante en España desde que se acabó la guerra?

—¡Psh!

Aquel desdén medio cínico, medio trágico, terminó de alarmarme. Porque la aparición de una literatura así—desgarrada, cruel, brutal, desesperada—quizá era un síntoma como la otra vez, de malos augurios nacionales.

De este chico enfermo—con sangre internacional en las venas que le empujara instintivamente al Tercio extranjero—acababa de salir la visión de una Extremadura increíble, aunque la sospechábamos desde años, desde los crímenes rojos excitados por la Nelken. Su ojo crudo y sin pestañear de legionario había descubierto no sólo la Extremadura roja, ibérica, atroz, sino también aquella que fué riñón de conquistadores americanos, con entrañas rapaces e insaciables. En "Pascual Duarte" revivía un anhelo inextinguible de botín y sangre, de crueldad, muerte y posesión.

Como en toda esa literatura clásica y genial de España que se ha llamado "picaresca"—vibraba en Pascual Duarte "la vida" en su brote más elemental: más allá del bien y del mal, sin conciencia moral alguna, pura, brutal, existencialmente. El Lazarillo, el Buscón, Guzmán—procuraron cubrir las apariencias con reflexiones morales y pedantes. Pascual Duarte a lo más que llega es a confiarse a un cura antes de morir. Su vida hubiese entusiasmado a Nietzsche y a Kirkegaard. Es la vida más vitalmente cruenta que ha publicado la

Picaresca española. Los buscones anarquistas de Pío Baroja son unas pobres almas piadosas y timoratas al lado de "Pascual Duarte". En los buscones de Baroja hay un ideal oculto. En Pascual Duarte, nihil.

En el patibulario Pascual Duarte—repulsivo a fuerza de querer ser macho y débil por eso mismo—hay, sin embargo, un efluvio tradicional, un destello genuino del realismo español. Hay raíces de aquel Ribaldo del Caballero Cifar. Hay rasgos que recuerdan aquel "mintroso, ladrón e mesturero, tafur, refertero, reñidor, perezoso", de que hablara el arcipreste de Hita. Recuerda algo en su vida "la del hampa alegre y cerril" a que aludía Pedro de Urdemalas. Y como Guzmán de Alfarache comprueba, una vez más, "que nunca pudieron ser amigos la hambre y la vergüenza". Desilusión trágica la suya como la de Mateo Alemán: "dar al mundo lición de desengaños".

Tiene la vena autobiográfica que hizo escribir sus memorias turbulentas al duque de Estrada, a Alonso de Contreras, a Carlos García, a J. de Luna, a Cristóbal de Villalón, a Espinel.

Y es que "Pascual Duarte" lleva un no sé qué en su alma de excombatiente. De hombre que soñó glorias y al fin se ve abandonado, preterido. Y amargamente se pone a beber, a jugar, a olvidar, a olvidar. Y a resbalar—con mala suerte, con fuerza de sino—hasta el crimen.

"Pascual Duarte" es un síntoma alucinante de guerra. (Como lo es otro relato que leí después, de Cela, titulado "El capitán Jerónimo Expósito". Gangster a la española, bandolero. Otro subvertido.)

Cuando a una juventud se le ha hablado de idealidad, de Imperio, del noble Amadís o del puro José Antonio, y luego encuentra en la realidad renunciadas, aburrimientos, codicias, estraperlos, traiciones y burlas... ¿qué se le puede pedir? ¿Sólo se le puede pedir que evite, en lo posible, terminar como Pascual Duarte: en capilla y con un cura al lado antes de ir al paredón. Pascual Duarte es un Lazarillo, un guía, que al fin pierde el miedo a su amo a fuerza de verle ciego, avaro y desconfiado, empujándole a que salte y se parta la cabeza contra una piedra y así acabe de una vez y le deje en libertad. ¡En libertad! Secreto indecible de toda la Picaresca.

El pícaro, al no lograr ser héroe ni caballero, busca el destrozarse toda norma y toda ley. ¡Libertad para triunfar como canalla y miserable! ¡Libertad para volver a ser miliciano! ¡Para robar y matar otra vez! Para descargar contra alguien el rencor de un destino truncado. ¡Libertad! Sin dar ya cuenta a nadie de sus pasos: no ya a un pobre ciego. Ni siquiera al mismo Dios. 🍀

Carta de una tarde



Marzo de 1942

Novgorod y Riberas del lago Ilmen

Acaso estás pensando
—¡oh vaguedad inmóvil de la ausencia!—,
bajo una hora de reposo tibio,
en este tiempo mío, peligroso,
que, invisible, será como un ocaso
de hierro trepidante
en áspero relieve con incendios.

Y, mientras tanto, amiga,
¡cuánta paz en el alma y qué silencio
de larga mansedumbre ante mis ojos
en esta misma tarde en que se angustia
con sobresalto tu indolencia amada!

El estado del ánimo decide,
venciendo falsamente los espacios,
aquella creación enamorada
más fiel que la memoria.
Y así, con mi sosiego
—hoy que duerme el fragor del horizonte—,
labro tu lejanía,
que es de mármol sin peso
inalterable y llena de ternura.

Tu frágil abandono no gravita,
horizontal, apenas, se desmaya
un brazo, otro sostiene el gesto erguido.
La frente inclina un resplandor. Los ojos
profundos nada ven. De los cristales
el sol tiñe tu cuerpo y son las flores
un perfume en la sombra.

Así estás tú cuando te estoy hablando
sin quebrar el silencio, así te veo
sin perder la presencia de la nieve
y, aunque no me contestes,
yo voy poniendo en ti todo mi gozo
y tu realidad pura, sin tiempo,
sin circunstancias, invariable y fría,
se junta al alma libre y acompaña
la dulzura del viaje.

Vengo sobre la anchura de la estepa
donde apenas son huellas los caminos;
el trineo navega llanamente
y el blando golpe de los cascos deja
de advertirse, en el seno silencioso,
como el sonido de un reloj constante.

Viene contra mi rostro, largamente,
una brisa ya tibia, húmeda y lenta.
Aquella primavera
que despierta el aroma de los prados
y viste de impaciencias exquisitas
los ágiles sentidos.
Aquella vuestra primavera y mía
que ya estará bajando de los montes,
no será aquí sino este tierno soplo
que quiebra el hielo y humedece el aire.
Y después morirá, será naufragio
y cataclismo, enfangará la tierra
y, al notarla en la pompa de los bosques,
nadie dirá su nombre.

Ahora, sí, la siento
en la inmensa hermosura de la nieve,
que se ablanda, lechosa y azulada,
bajo un cielo de nubes apacibles,
en el vuelo agitado de las aves
que alegran de fervor las ramas yertas
y en no sé qué inefable sentimiento
que hace nueva la luz ante mis ojos.
La miro alborear en este día
de paz enajenada,
este día que tomo de mi guerra
y que ofrendo a tu sueño.

Voy pasando. Es gustoso este transcurso
lento sobre la tierra.
El campo embebe el alma, la confina
y la extiende, la amansa y abre todo
un universo ante su sed eterna.
Estoy herido
de infinita humildad y puede el ansia
atreverse con todo el infinito.

Voy pasando. Los cielos se recatan
y un blando gris que abriga y no entristece
posee sus espacios y en el suelo
mitiga la blancura con su sombra.
Sobre los horizontes se sostiene
un tenso azul, enérgico, inocente
y castamente frío. Las aldeas,
que apenas interrumpen la llanura
con su humildad pajiza, glorifican
contra la altura su recogimiento.
La blanca inmensidad todo lo excede,
absorta, densa y llana.
Los anchos bosques de la lejanía
mienten la sombra de soñadas sierras,

y uno más breve, oscurecido y prieto,
avanza hacia la luz trágicamente
lo mismo que una insólita escollera.
Llano, llano sin fin, blancura sola;
no hay otro mundo, todo está en el seno
de este inmenso candor.
¿Quién dará fe de tierra? ¿Aquellas ruinas
blancas también como cristal nevado
teniéndose en el aire? ¿Aquel molino
que la gran dimensión rige y convoca
crucificando la ligera brisa?
¿Aquel árbol nudoso
como el dolor de unas entrañas libres?
Yo sólo, yo confirmo
mi tierra; mas ya olvido su figura
en la opulencia mansa de la nieve
si no es calor cercano tu presencia
remota y evocada.

Ahora estoy traspasado
de soledad. Me rinde, me aniquila
mi propio bienestar, la maravilla
de que estoy poseído.
Un dolor va a brotar, un desconsuelo,
ahora que ya descubro, a las orillas
de un lago inmóvil y resplandeciente
la gloria más radiante, la belleza
que derrota los sueños.
Mira—¿por qué no estás?—, mira en las costas
oscurecerse la nevada; mira
el agua eternizada y el desierto
transfigurado en ascua sin medida
e increíble planeta de diamante.

He de seguir a mi morada triste,
caverna en tierra helada, fronteriza
de la sangre. ¡La guerra está tan lejos!
Son mi paz y mi dicha las que exigen
tu vecindad aquí, y este sosiego
abrumado de encanto. ¿No te apenas?
Necesito el amor de tus oídos
para dejar esta hermosura presa
y descansada. Necesito verte
irguiendo el sol de tu estatura humana
para medir el vasto encantamiento.
No es ir a ti, sino traerte, amiga
—¿quién vuelve atrás?—, lo que el amor decide.
Y tú sigues allá, con tu mejilla
deslumbrada de sol y en la penumbra
la desazón de las primeras flores.

Marcho con el ocaso a mis espaldas
y la luna, vaguísima, en el cielo;
atardecer morado, al fin caliente,
que edifica el misterio y engrandece
aún más mi soledad y mi paisaje.
Ya cerca, una arboleda enmarañada
anuda sus raíces a las tumbas
de antiguos muertos. Mas la muerte ha huído
o es fresca amanecida en el combate.
Ya no miro
sino lo que hay en mí, lo que te debe
y te ofrece la voz de mis entrañas,
que tú no puedes escuchar tan lejos!
Y me pongo a escribirte, mientras, lenta,
sin marchitar la luz, baja la noche.

Dionisio RIDRUEJO

Pasmo

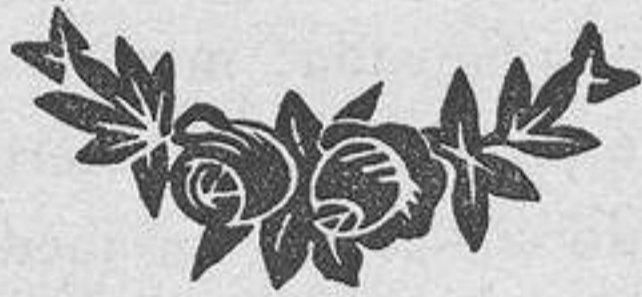
A Hero Leandro vió por vez primera
cogiendo perlas que un delfín le brinda.
Vióla, y paróse en pasmo, y aun la linda
por semejante se pasmó manera.

Fulminando, los rayos la hechicera
de sus ojos le da, sin que se escinda
el disparo, ni el término en que linda
padecer con mirar en la ribera.

Encáranse los dos al trance angosto,
en que natura oficia rigurosa,
con tan grave expresión de dueño a dueño,

como si fuese cósmico el regosto,
y eternal el dolor que les acosa,
y al dios que vela hirieran con su sueño.

Francisco MALDONADO



Soneto

del amor perdido

Marchaste sin aviso de aquel juego
—rumor de estrellas y alegría pura—
hacia otros climas de distinta holgura,
inmutable y feliz por el trasiego.

Abierta mano amiga, con sosiego
quedó en la ruta de tu travesura;
inventariado gesto, la ternura
no pudo contener a lo andariego.

No regreses jamás. Cuando se deja
la hoguera sin pensar en el secreto
de un fuego que persiste y no se avieja,

debes saber, amante de lo inquieto,
que las brasas serán la moraleja
y el adiós humeante de un soneto.

Invocación

Para que se nuble todo
con misteriosos presagios;
para capturar la aurora
con sus dedos encantados,
dejad un renglón en blanco.

Porque bajen las palomas
en vuelo circuncidado
hacia la huella caliente
de los caminos sin paso,
dejad un renglón en blanco.

Para someter el grito
de la negrura y el llanto
de místicas plañideras,
de moros y de cristianos,
dejad un renglón en blanco.

Y coged mirtos. Y rosas.
Y claveles colorados.
Y haced diana imprevista
en los corazones tardos.

Y dad voces de alegría.
Y haced guirnaldas de abrazos
y soltad el agua alegre
de los versos y los cantos.

Que todo, todo se encienda
de adolescentes chispazos
sobre la hoguera escondida
de los renglones en blanco.

Romancillo

Para morir de tus manos,
para ser por tí cortadas,
las florecillas del prado
su aroma y alma celaban.

Si ya de tu ausencia saben
por la lentitud del alba,
duro sollozo en cristales
hará de mollina escarcha.

—¡Qué muerte, ¡ay!, de las flores
envejecidas al viento,
tan lejos la brisa joven,
tan duro tirano el cierzo!—

Del gozo de tu belleza
te fuiste como las aves
pregón de la Primavera
cuya muerte nadie sabe;

mas aún aquí, derramada
en la clausura del prado,
tu juventud llora y canta
dormida de rosa a nardo.

Rafael S. TORROELLA



Tres sonetos de mi primavera

Pozo

Ya está la primavera desatando
sus traviesos arroyos de alborozo:
la veo desde el fondo de este pozo
en que me voy sumiendo y desangrando.

En este fondo negro, amargo y blando
van cayendo mis alas trozo a trozo
y sube por el musgo este sollozo
que con mi sangre voy alimentando.

¡Qué triste ver pasar la primavera
sobre mis ojos turbios y lejanos
y no poderle sonreír siquiera!

¡Qué triste oler a pájaros tempranos
y no tener más alma compañera
que esta pena que amaso con mis manos!

Arroyo

Tus manos como conchas en la arena
bajo el agua feliz que las alumbra...
Pero a tanto blancor no se acostumbra
la mirada profunda de mi pena.

Si tú supieras que esa luz que estrena
la espuma de tu piel, me apesadumbra;
que esa mano de abril que me deslumbra,
a volcanes de llanto me condena...

Pero ya que mi pecho socavado
ahondas con tu nieve sonriente,
acabá con la herida que me has hecho:

echa mi corazón amoratado,
que lo lleve muy lejos la corriente
para que nunca más vuelva a mi pecho.

Oscura primavera

Todas las rocas húmedas que encierra
mi corazón doliente y apaisado
amanecen ahora en mi costado
a la llamada fresca de la tierra.

La primavera oscura de la sierra
está con sus zarzales a mi lado
y endurece mi sueño ya mojado
la nube que a mis párpados se aferra.

Van creciendo las rocas y creciendo
sobre mis tristes hombros, ateridos
bajo la gota verde que rezuma

y ya nadie me libra del tremendo
despertar de los líquenes podridos
y de su amargo palpitar de espuma.

Alfredo de los COBOS

Antología de LAZARILLO



Diez poemas de BHARTRIHARI

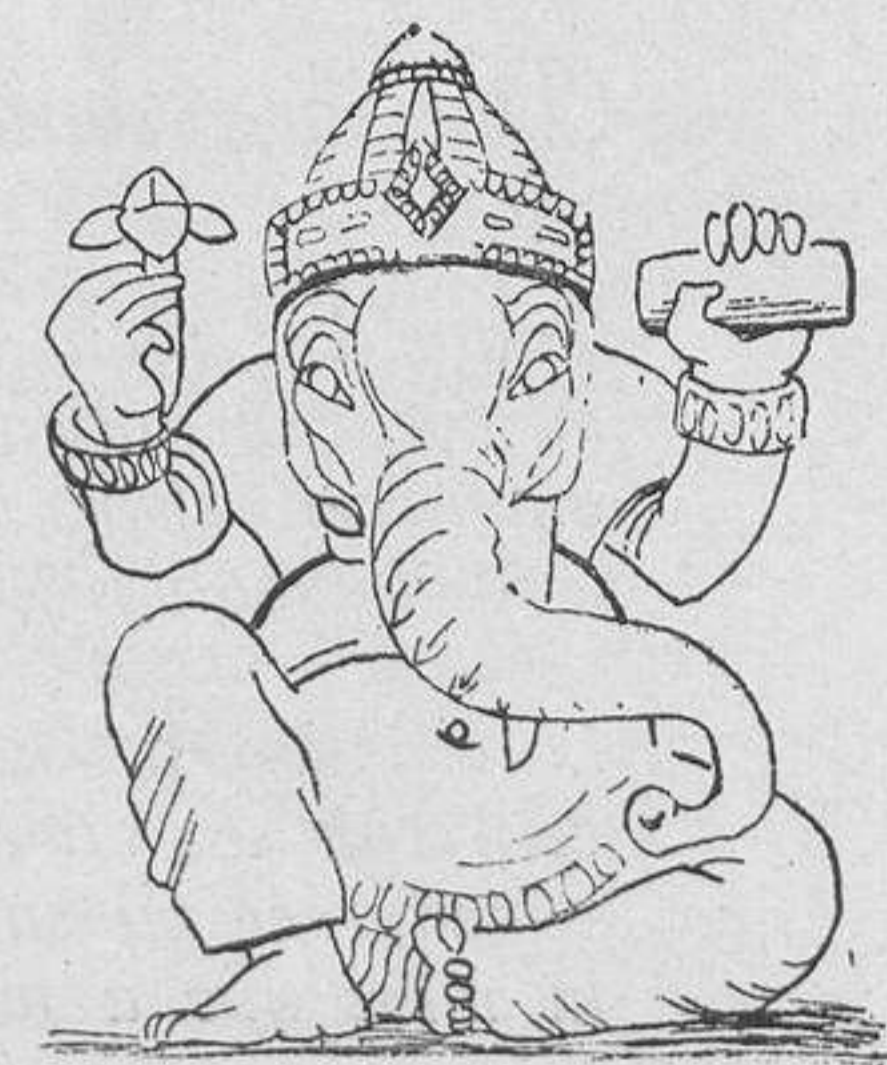
(Traducido por ANTONIO TOVAR)

Bhartrihari (siglo VII d. C.) es, sin duda, el más grande lírico de los indios. Une a la sensualidad de Amanu (el otro gran lírico), tonos sentenciosos y filosóficos, y se levanta con esta poesía profunda y cansada sobre las fatigas del harén y sus monotonías.

En Bhartrihari tenemos toda la profundidad y atracción de la lírica oriental. Estas traducciones le presentan lo más literalmente posible, casi palabra por palabra, añadiendo sólo las más indispensables para la lectura, y uniendo con guiones las palabras que en el original forman esos extraños compuestos del sánscrito.

Que el poeta escribiera en una lengua muerta, cuando ya no se hablaba el sánscrito, le da un encanto especial, que tal vez se puede gustar en estas traducciones, en que la palabra rebuscada, erudita y algo fría, no se evita, como se debe evitar en poesía más viva. Una poesía oriental admite cosas extrañas, y estamos dispuestos a recibir, siempre que se nos den pesadas joyas orientales y cansados pensamientos, una poesía pesada y culta, cuando halláramos intolerable que un lírico occidental nos cantara sus amores en latín.

¿Que por qué traducimos estas poesías orientales? Porque siempre podemos demostrar trabajando sobre ellas una voluntad de celtíberos, y porque estas cosas de extrañas lenguas no deben desentonar en Salamanca.



1
Por Sambhu Vishnu, Brahma el-que-es-~~por-sí~~ y Siva el destructor, por sus mujeres.
[las-diosas-de-ojos-de-gacela,
fueron siempre hechas las casas de las muchachas-que-van-con-el-cántaro*,
para el-adornado-en-palabras-y-pensamientos y-estos-y-acciones,
para aquel ilustre llamado Kâma el-del-signo-del-cocodrilo.

2
La sonrisa y el carácter, la vergüenza y la timidez,
el desvío-del-rostro, la ojeada-furtiva y la mirada,
las palabras, la-disputa-de-envidia, la gracia:
este conjunto-de-cualidades es el encanto de la mujer.

3
Los ojos con las cejas hábilmente fruncidas, las miradas,
la voz suave, los pudores y las risas,
el encanto de la gracia en movimiento y en quietud:
esto es de las mujeres adorno y arma.

4
Ya con las cejas-fruncidas, ya también, amortiguados-con-pudor,
ya con centelleo-frecuente, ya también con graciosa-coquetería:
con tales maravillosas-coqueterías-de-amor los ojos de las doncellas
son como los lugares llenos de temblorosos-lotos-negros-nacidos-del-agua.

5
Sonrisa algo tímida, leal y temblorosa y magnífica mirada,
azoramiento, elegante coquetería nueva en las palabras,
pasos calculados, cintura florecida de gracia:
¿qué se puede comparar al encanto de las-de-ojos-de-gacela llegando a la ju-
[ventud?

* Un concepto benévolo del universo, según la frase de un amigo nuestro, tenía este poeta indio en lengua muerta, que hacía a la trinidad de sus dioses, nada menos, fundadores de las casas donde residían las servidoras venales de Kâma, el Cupido indio.

6
La boca se abre como la luna, el blanco de los ojos deja en ridículo al loto-
[nacido-del-barro,
de los cabellos el color deja atrás al oro, la multitud gana a las abejas,
los senos llevan la gracia de la kumbha* del elefante, las nalgas son sólidas,
en la voz el encanto y la dulzura que son adorno propio de las doncellas.

7
Entre las cosas visibles, ¿qué cosa más alta que la boca amable de la mujer?
Entre los olores, ¿cuál como el aliento de su boca? Entre los sonidos, ¿cuál
[como su voz?
¿Cuál entre los sabores como el jugo de su labio floreciente? Entre las cosas
[que se tocan, ¿cuál como su cuerpo?
¿Qué entre las cosas imaginables como una muchachita, gracia siempre entre las
[cosas amables?

8
Estas que moviéndose con sus pulseras, su cinturón y
sus ajorca hacen un ruido de ánade gris que echa a volar,
¿de quién no anulan la mente con sus miradas
temblorosas y tiernas de doncella?

9
El cuerpo ungido con barro de azafrán
y con los dos pechos cándidos,
los pies de loto resonantes de ajorcas como un ave,
¿a quién no le hace sumiso la mujer?

10
Llegada la vejez, la juventud-ida,
sabios, buscad la altísima-luciente-verdad:
casi-ida-esta-vida, pasada aquella,
del reposo, del reposo no pasa el tiempo.

* La kumbha o prominencia frontal del elefante desempeña un papel muy importante en las comparaciones e imágenes de la poesía india.)

Hamann (Mago del Norte)

“Pequeño ensayo sobre grandes cosas”

Traducido por **CONSTANTE AZPIROZ**

Si la historia de la Filosofía se hiciera de otra manera, este tipo genial y extraño que es Jorge Juan Hamann (1730-1788) sería mucho más famoso. En los orígenes de la gran cultura alemana, está Hamann como el portador de la chispa sagrada, el precursor iluminado con reflejos geniales y a la vez lleno de la savia oscura y religiosa de generaciones y generaciones arraigadas en la lengua y la tierra alemana. Jacobi le llamó “un verdadero Pan”, y Jean Paul Richter “un hombre electrizado en las tinieblas”; Hegel, dice que su fe cristiana no era fe muerta, sino que “temía en sí el contraste de llegar hasta una vivacidad concentrada, que se hacía sin forma”, y Goethe, pensó editar sus obras.

El destino le hizo nacer “también” en Königsberg, “también” pietista, y como una especie de Antikant. Las mismas raíces, educación semejante, idénticas lecturas filosóficas, creó un asombroso tipo humano, un paradójico y genial pensador. El racionalismo y la ilustración encontraban en Königsberg dos tipos geniales: Kant, coronando uno y otra, en antítesis y en síntesis, de un modo, y... Hamann, de otro, entreviendo, pasando no sólo por encima, sino mucho más allá, sobre las consecuencias del racionalismo. Y por eso, ahora, es con Hamann con quien podemos tropezarnos muy oportunamente, en estos angustiosos años centrales del siglo XX.

Ahora resulta que en este solitario, este hombre de vida difícil y apurada, este escritor de sólo unos oscuros y rarísimos folletos, hallamos una superación de Kant. Fueron amigos, no se sintieron casi nunca rivales, pero eran los indicadores de camino de dos siglos, Kant, para el XIX y... para el XX, Hamann.

El traductor ha realizado con alegría la traducción para LAZARILLO, de este tratado de Hamann. Conocía, desde tiempo atrás, a través de Croce, a este “otro” filósofo de Königsberg, y deseaba dar a conocer en España a este único, verdadero discípulo de Sócrates, desde Sócrates hasta el traductor mismo. En esta su limpia y honrada reencarnación de ahora, LAZARILLO se siente algo filósofo, y ¿por qué no va a ser la suya la más sabia, la más socrática, la más piadosa, la más histórica, la más religiosa y arraigada de todas las filosofías, la de Johann Georg Hamann?

Este “Ensayo” es un escrito polémico contra un folleto religioso titulado “Le Bon-sens ou les idées naturelles opposées aux idées surnaturelles” y publicado con el seudónimo de Petronius Satyr en Londres 1774. Hamann creyó autor del folleto a Diderot, y por eso construye exteriormente su polémica sobre el “L'entretien d'un pere avec ses enfants” de este autor. La figura del herrero y las alusiones del final han de entenderse en vista de esta obra.

Después de este opúsculo del genial Hamann, y contando con la afición y el aplauso del benévolo lector, que benevolencia necesita traducir al oscuro filósofo, ofreceremos la traducción de las dos obras fundamentales, “Metacritica” y “Aesthetica in nuce”, amén de algunos fragmentos más. Labraremos así los muros para una capillita hamanniana en Salamanca.



El viejo herrero en su sillón, con su gesto tranquilo y el rostro sereno, pidió su gorro de dormir, interrumpió la conversación y envió a sus hijos a la cama. Abrazó al filósofo cuando le llegó a éste el turno de dar las buenas noches y le dijo al oído: —No me molestaría nada que en la ciudad hubiera dos o tres personas como tú, pero yo no podría vivir en ella si todos pensaran así.

Fabrizio Veientón (1) fué el que descubrió los errores de la religión y el mentiroso delirio adivinatorio, con el que, sacerdotes comunicaban al vulgo los misterios que ellos mismos muchas veces, desgraciadamente, desconocían. La pérdida de esta sagrada fuente está ya tan bien suplida, como completado el fragmento de Petronio, y tenemos como sistema de la naturaleza un codicilo de la sana razón. El canon del “Evangile du jour” está completo... Todos los niños vienen sin el menor concepto al mundo; nuestros primeros maestros de Dios—¡oh hombres de este evo!—no son unas viejas, sino que los hacéis como los niños. Mediante este renacimiento de la razón pura, son cumplidos ley y profetas.

“La filosofía calla donde la ley no tiene inteligencia humana”, y según un antiguo dicho, ninguna ley grita tan fuerte como el ejemplo mudo. Tiranos y sacerdotes han cesado, y los millones y legiones pronto también se volverán locos. Por eso no es ningún milagro que la filosofía predique por los tejados y declame verdades que no están hechas para los locos, y que la sabiduría del “bon-sens”, hasta ahora oculta, estalle con claridad redundante.

El predicador de esta luz neofranca presupone nada más que un mínimo de inteligencia humana, esto es, “sólo tanto de esta rareza como es necesario para conocer las verdades comprensibles, para reprender las más momentáneas discordancias y para sentir las contradicciones más abarcables”. He tomado el título de mi trabajo, de un pequeño fragmento francés, cuyo autor parece explicar la sana razón mediante un máximo de nuestros elementos y fuerzas. Mas pertenece a la gloria del arte y de su época producir mediante una “petitio principii minimi” un agua fuerte de máxima virtud, y con ella disolver en el acto todo el metal de los materiales y ciencias más profundos y sublimes, como son: teología, moral, Dios, Estado y hombres, que no pueden ser separados, y cuya unidad hace visible y natural el máximo de todos los misterios, en su vanidad ideal, aquella vieja matriz de todos los fenómenos.

Puesto que la mayoría de lectores de gusto ya está iniciada en tragarse dudas y vicios de razonamiento en las antítesis y apologías de la clerecía de la moda, y como pertenece a las ingenuidades favoritas de la sacamuelería corriente, hacer de los fundamentos y fórmulas matrices de las pequeñas doctrinas luteranas de niños y ángeles, disparos sin pluma en una cucaña, me escapo de ser explícito sobre la conformidad y armonía del nuevo codicilo con la ortodoxia, en parte negativa y en parte hipotética, de los novísimos padres de la iglesia, y cedo a la multitud de monopolizadores, usurpantes y alquiladores de la sana razón, las discordancias del teísmo metafísico, el secreto de Estado traicionado del pulpejo teológico y la nueva economía sermoneadora de tragos religiosos para salvar el fundamento de la moral natural, ¡ay!, todavía por inventar...

La sana razón es, no sólo mortal, sino también apropiadísima para la omnipotencia estoica de un joven, Werther, en escuela de sacrificio epicúreo: en cuanto la salud de la razón parece ser más bien el “proton pseudos” que la causa primera

de su última voluntad. Si discordancias momentáneas y contradicciones abarcables demuestran el sueño de un alma, es, ciertamente, el mayor absurdo compadecer solemnemente al género humano, porque tantos miles de años, como un menor, haya sido castigado por los padres de la religión a latigazos, según su saber y entender, y para compensación "tantorum malorum" (2) nos felicitan de que nosotros, ya mayores, somos castigados con escorpiones, según el consejo de los recientes hongos, cuyo dedo meñique es más grueso que los lomos del más vanidoso predicador. ¿Hay mayores síntomas de locura que devorar otra vez lo que se acaba de escupir, y después de bañarse un animal revolcarse en sus propios excrementos? ¿Qué demuestra mayor falta de conciencia que no poder distinguir ni siquiera lo negro y lo blanco, sí y no, más y menos? Si el Apolo "du bon sens" estuviera del todo consciente de su propio sentido ¿cómo podría declamar él contra los Herodes y desherodizar el gusto de ellos, repartir orgullo y vanidad a la raza de Leví, repartida y diseminada por toda la tierra, atribuirse a sí mismo el sumo sacerdocio de Leviatán, tragarse todos los altares ardientes y bollos fríos de los servidores de fetiches y del sol, más los ídolos nacionales y domésticos, y fulmina su excomunión incluso sobre la bienaventurante filosofía de los batracomiómacos (3), mercaderes de palomas, lameplatos y "traiteurs" (4) a la Piquenic", para que de todo el género humano apenas se salve un pulpejillo y no queden sino siete (5) famosas estrellas y luces para el despotismo oligárquico del "logos atheos".

Mira, una chispa del fuego físico ¡qué selvas de cedros y bosques de encinas de ideas sobrenaturales ha reducido a cenizas!, sin plagio de Prometeo, porque todo el gusano del "bon sens" desemboca en una tosca rapsodia, un guisado de momia, un horrible banquete de Tiestes, un "petit soupé", al cual un ángel apocalíptico, de pie, en la luz natural y física, invita a todos los pájaros que vuelan bajo el cielo, y de los cuales el sumo gusto, con una increíble credulidad, consiste en tragarse todo lo que los expositores de sana razón consideran de interés informarles.

Más para declarar puro este modo de exposición filosófico, que brota en la piel y cubre toda la carne, traer a la luz el heraldo de la religión ortodoxa que vive en el vientre de este gran pez, y resolver todo el enigma del juego de palabras con ideas naturales y sobrenaturales, es oportuna una única advertencia, que se sirve del fuerte espíritu del artificio teológico para designar con un carácter simbólico las naturalezas compuestas de un mínimo y un máximo. De esta unidad de elementos e ideas contradictorios y—como todos los cabos extremos—correlativos, y de la contraposición de letra y sentido, resulta aquella *κοινωνία* y *ανακολουθία*, aquella *ἀλλοίωσις* y *σύζευξις ὀνυμάτων*, como todo devoto lector puede sacar con poco trabajo el sentido implícito mediante una sustitución del teos y logos en más de un pasaje.

Si por consiguiente el carácter del hombre corresponde siempre al carácter de su razón, y cada humano es el creador y el modelo de su propia sana razón, todos los vicios y declamaciones y antítesis de ideas naturales y sobrenaturales desaparecen por sí mismos.

En consecuencia, no era nada ciego el profeta de la luz natural al negar la presencia de una causa primera, sino que el óvalo de su rostro era un tabernáculo de negras nubes de truenos. No pudo ver cómo rompía el sol porque lo tenía a sus espaldas, pero él predicó fuerte, libremente y con justicia los atributos de su reflejo divino en lo mínimo de cada glóbulo de polvo, porque la razón, como Iris, mensajera de los dioses y de la paz, es un fenómeno general de toda pupila sana. Dejo para uno de mis más recientes amigos, que no es un especulativo, sino un autoobservador tan fiel como listo, desarrollar las leyes visuales de las almas, en lo cual quizá con eternos malentendidos de nuestros "braviorbi" y ciegos astillados colores debería fundarse más que en el newtonismo de crinolina de un Ovidio hecho estatua.

¡Carbones ardientes en vuestra cabeza! ¡Vosotros, caballeros andantes U. L. F..., traidores al misterio a vosotros confiado de la majestad y la humanidad! ¡Címbalos sonantes de vacío religioso y moral! Vosotros, tristes médicos con el vaso de agua en lugar del cáliz magnífico, con la piedra del sabio en lugar del pan vivo, con la culebra en lugar del pez, con el escorpión en lugar del místico huevo (6). De paja váis preñados, rastrojos dáis a luz, fuego os destrozará con vuestro orgullo. Mas si vosotros lo llegáis a ver, se avergonzarán con celos de los paganos, pues "tophet" (7) está levantado desde ayer...

Adiós al lector y al Apolo a que me he referido, adiós, con un "da capo" del amable y honorable papá: —¡Hijo mío! ¡hijo mío!, es una buena almohada la razón, pero yo encuentro que mi cabeza aún descansa mejor en las almohadas de la religión y las leyes. No más ruidos con tu herramienta, porque no necesito noches sin sueño... Pero, señor Doctor, es una cosa tan buena el café, con mucho, mucho azúcar.

(1) Personaje que aparece en Tácito *Anales* XIV 50 como autor de unos *Codicilos* en que decía *multa et probosa in padres et sacerdotes*.

(2) Reminiscencia del famoso verso de Lucrecio I 101 *tantum religio potuit suadere malorum*, impío comentario del poeta al sacrificio humano realizado con Ifigenia.

(3) Alusión a la Batracomiomaquia (Froschmæuseler) del poeta didáctico alemán Rollenhagen (1542-1609), que describió burlescamente la guerra entre las ranas y los ratones.

(4) «Mesoneros».

(5) Leucipo, Demócrito, Epicuro, Platón, Hobbes, Espinosa, Bayle (nota del autor).

(6) El huevo era un símbolo del mundo entero en los misterios órficos.

(7) Lugar donde se sacrifica a Moloch.

Tres sugestiones a un soneto

EN la edad de oro de la literatura española, se incorpora a la lírica mística un bello soneto titulado "A Cristo crucificado". Se desconoce de él hasta la fecha exacta de su composición. Pfandl (1), anota, que aunque cronológicamente son desconocidas impresiones suyas anteriores a 1665, su espíritu parece corresponder más bien a últimos del siglo XVI que al XVIII.

Su paternidad se atribuye a los más renombrados místicos de la época: Santa Teresa de Jesús, Fray Pedro de los Reyes, San Francisco Javier y San Ignacio de Loyola, figuran como sus posibles autores. Sin embargo, las reservas expuestas principalmente por Foulché-Delbosc (2), algunas muy fundamentadas, así como las, por otra parte, hechas a la opinión sostenidas por A. María Carreño (3), al suponer autor del soneto al fraile misionero Fray Miguel de Guevara, hacen que, en la actualidad, se siga considerando como anónima esta famosa poesía.

No pretendemos, en esta pequeña aportación a su estudio, sentar conclusiones definitivas, sino hacer resaltar, solamente, aquellas de sus características esenciales, las cuales, hacen suponer, con toda verosimilitud, que sólo una mujer pudo haberla escrito.

Un único nombre femenino—el de Teresa de Jesús—se encuentra en la lista de supuestos autores. Ello abona, también, en la idea de que sea pre-

lista de supuestos autores. Ello abona, también, en la idea de que sea precisamente su autora la Santa de Avila. Más aún, su carácter, tan realista, tan impregnado de lo popular y cotidiano, en medio de sus arrobos místicos, nos afirma en esta suposición.

Realidad

SIEMPRE la mujer, por su constitución eminentemente vegetativa, se halla menos predispuesta a las expansiones imaginativas tan típicas en el hombre. En aquella, hay una mayor conjunción de cuerpo y alma; su dualidad, se percibe en grado mucho menor.

El hombre, en amor, logra alcanzar las más altas esferas de lo espiritual; querer—y así ocurre en el amor místico—con el alma sola. La mujer, no; en ella, el simple acto de querer—amar—supone una armonía completa de su cuerpo y su alma; por eso su amor es más realista, menos intelectual, pero, más sentido, más hondo, más real y, también, compasivo y maternal.

Leamos los primeros versos del soneto. Dicen:

*“No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido;
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte”.*

¿Cabe más realidad—sinceridad—en estos versos?

La comprensión de este aspecto, tan característico del pensamiento y modo de ser femenino, nos da a ver, claramente, que sólo una mujer pudo escribir esta declaración sincera de lo sentido en el fondo de su misma alma, de lo que para ella fué plena convicción.

No es amor quien dictó estos versos, pues el tal, espera siempre recompensa: en esta vida si es material, carnal; en la otra si es espiritual, divino.

Compasión

MAS, si no era amor, ¿qué fué ello?

Contestación clara nos la dan sus mismas estrofas. Oigámoslas:

*“Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz, y escarnecido;
muéveme el ver tu cuerpo tan herido;
muéveme tus afrentas y tu muerte”.*

No es amor, es compasión. Sentimiento éste esencialmente femenino.

Ya Unamuno, que tan femeninas mujeres supo pintar en sus obras, lo puso en boca de algunas de ellas. Aquella virgen madre de “La tía Tula” (4), deja hablar a su alma a cuando dice: “Muchas veces tiene que casarse una mujer con un hombre por compasión, por no dejarle solo, por salvarle...”, y en otro lugar (5) nos repite el mismo pensamiento: “El amor de la mujer, sobre todo, es siempre en su fondo compasivo, maternal. La mujer se rinde al amante porque le siente sufrir”.

Y si ésto es en amor de carne, sujeto a flaquezas y pasiones, ¿qué no será en ese otro, espiritual, que sólo el alma alimenta?

Maternidad

UN último sentimiento nos queda de analizar; y acaso sea éste el más convincente: los versos del soneto “A Cristo crucificado”, son dulcemente maternales.

La mística poesía de un San Juan de la Cruz, por ejemplo, que a tan altos goces de amor espiritual supo llegar, encierra siempre un algo de exigencia: da todo en su amor, pero pide reciprocidad a su entrega.

Las últimas estrofas del soneto que estudiamos, son reflejo de la más pura entrega maternal: dan todo, nada piden:

*“Muéveme al tu amor en tal manera
que aunque no hubiera cielo yo te amara
y aunque no hubiera infierno te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera;
que aunque cuanto espero no esperara
lo mismo que te quiero te quisiera”.*

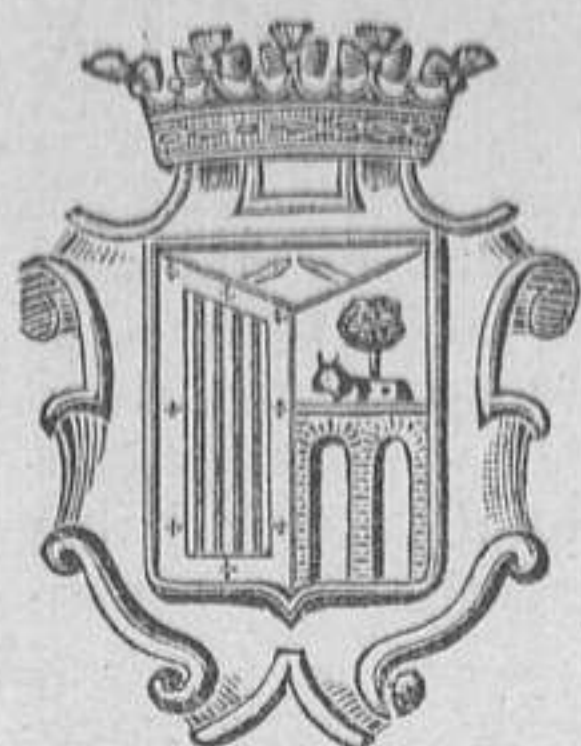
No pueden darse acentos más maternales. Todo es calmar el sufrimiento de Aquél que se quiere, a quien se ha prohiado en amor.

El autor antes citado, Unamuno, dícenos en otra de sus obras (6): “Todo amor de mujer es, si verdadero y entrañable, amor de madre; la mujer prohija a quien ama”.

¿No sentimos este anhelo maternal, sublimado por amor espiritual, alejarse en todas sus estrofas y darles, acaso, su acento más puro y su más honda poesía?

(1) Pfandl: «H.ª de la Literatura Nacional Española en la edad de Oro», cap. V.
(2) Foulché-Delbosc: «Revue Hispanique», vol. II, 1895.
(3) A. M.ª Carreño: «Joyas literarias del siglo XVII». México 1916.
(4) Unamuno: «La tía Tula», cap. XII.
(5) Unamuno: «Del sentimiento trágico de la vida», cap. VII.
(6) Unamuno: «Vida de Don Quijote y Sancho», cap. XVII.





El toro de Salamanca, Cátedra de Lazarillo

Majeza de nuestro escudo es el morucho indígena, encaramado en la puente romana como una divinidad asiria que protegiese la ciudad. Discutan los arqueólogos si en verdad es toro o berraco ibérico; pero para nosotros no existe la menor duda de que es toro, por su forma, pezuñas y badana colgante. Falta la cabeza, que había de darnos la prueba patente, que repito que no nos hace falta a los salmantinos. Toro y puente son el blasón de Salamanca y así aparecen en los sellos de los siglos XII y XIII. Como puente indica heráldicamente CIUDAD, hay que afirmar que lo específico de la ciudad de los Estudios, es el morucho astado. Qué mucho, pues, que en pruebas académicas se adviertan casi los mismos lances de la lidia: tentativa, acoso de argumentos y hasta las banderillas de los punzantes vejámenes...

Pero más altas lecciones dan los toros. El torero se va haciendo viejo y perdiendo facultades, pero siempre le echan por los toriles toros de cinco años. Así el Profesor, va perdiendo de año en año, y, sin embargo, cada octubre se le echa encima la muchachada de veinte años... Por algo la vieja Universidad asoció desde los primeros tiempos a sus fiestas de Grados, las corridas de toros, sin la menor merma de seriedad y de prestigio docente...

En este toro de la puente, como en libro de piedra, aprendió LAZARILLO su ciencia, espabilándose para toda la vida. Y ya que unos animosos mozos resucitan ahora la memoria de nuestro picaro, ¿no les parece que debía intentarse volverlo a su puente, repristinando la vieja estampa de la entrada imperial de Salamanca?..

En el ensanchamiento que separa la fábrica romana de la moderna, podía encaramarse de nuevo el toro, que no faltarán LAZARILLOS atontados, que con el cabezazo se desentortan para siempre. Es una pena que esté descabezado, pues es bien sabido, que el toro fué arrojado al río por un Gobernador del siglo de las luces. El Tormes lo acogió en el mojado lecho y allí estuvo hasta que fué llevado al Museo, donde arrumbado y partido por gala, en dos, permanece... Todos los trabajos de pesca hechos hace seis o siete veranos, aprovechando el estiaje, fueron vanos... Las niñas de la Arcadia, Filis, Cloris y Nises, cual nuevas Europas, han debido raptarlo y acaso ya nadie lo encuentre jamás...

Pero esta mutilación, aún lo hace más merecedor de volver a ocupar su pedestal milenario...

Antonio GARCIA BOIZA

Toro ¿por qué no vuelves al puente?

Otra vez LAZARILLO en Salamanca, como si regresase de un viaje larguísimo, ha querido visitar al Toro. La querencia debió encaminar sus pasos al Puente, pero el animal de piedra ya no estaba allí. Por la Puerta del Río, calle arriba, camina con pasos prestos hasta encontrarle, pues le guarda el entrañable recuerdo de viejo buen amigo y la gratitud de haberle hecho espabilar con la caricia sonora de antaño. Pensó que tal vez lo hallaría sobre pedestal de mármol, con marco de jardines, o en la

Plaza Mayor. Pero no fué así: lo habían llevado a un Museo.

Cuando lo ve, por fin, arrinconado en este patio de olvido con retoños verdes de yerba, LAZARILLO le pregunta: —Toro amigo: ¿qué te haces tan sólo? ¿pacientemente acaso?

El Toro se despereza con lentitud: “—Aquí me trajo el capricho de unos señores coleccionistas de antigüedades; me ficharon en catálogos, de vez en cuando me hacen fotografías y este último año me pintaron en el cartel de la Feria, bailando sobre un tambor. Pero creemé que no estoy a gusto,

pues en lugar de pacer como te figurabas, padecer es lo que me toca. Me ocurre como al buey de la dehesa encerrado en el establo, que se aburre, y no come, pues preferiría campar a solas.

Quisiera volver al Puente, tomar allí el aire a mi gusto, distraerme viendo correr el río. Para el Puente me hicieron y allí está mi sitio. Así creo que sólo quedaré como signo de heráldica, si no me quitan del escudo. ¿O es que por viejo me han retirado a este asilo? Yo no puedo mugir ni bramar para que me oigan, tú lo sabes, pero lo haría muy fuerte. Si tú quieres, amigo mío, vete a los Corregidores y haz que se sepa en el Concejo cómo me duele este encierro.

LAZARILLO es muchacho de buen aviso y quiere atender los mandados del Toro su amigo. Le dice adiós y le pide que no apure su paciencia, pues promete poner todo empeño para que le den suelta, según ansía.

La peneza es un lastre que no conoce LAZARILLO y por esto va derecho a los Corregidores de la ciudad, decidido a golpear cuantas aldabas sea preciso hasta que consiga que el Toro retorne sobre el Puente. Y, uno por uno, es escuchado de todos los señores de vara, de todas las justicias. Y se enteran de las lamentaciones del Toro, de su tristeza, de que quiere volver a su sitio del Puente, para seguir haciendo allí su eterna centinela a Salamanca sobre la suave música de la corriente del Tormes.

LAZARILLO ha querido hacer esta vez oficios de buen pregonero y pone todo su aire en afinar el acento. Primero en el Patio de las Escuelas y luego en las tertulias de los mercados y de las tabernas, hará clamor de las demandas de nuestro Toro. Y las justicias y los corregidores, que entendieron antes la noticia, dictarán su fallo favorable: “Que vuelva el Toro a su sitio; que sea colocado en el Puente”.

Así, las campanas se echarán a vuelo un día de sol y sonarán a fiesta grande. El Concejo, el Clero, los Maestros, los Comendadores, la muchachada escolar y el pueblo—Salamanca toda—, con los maceros vestidos de dalmática, sacarán al Toro de su encierro y en cortejo entusiasta será llevado al puente sobre carroza de flores y con música de pifanos, clarines y atabales, que le curen el dolor de su olvido.

Y LAZARILLO correrá la llave en este desencierro, sobre una jaca de alegría.

César G.^a SANCHEZ



PASO DIFÍCIL EN LA SALAMANCA CLÁSICA

Me piden mis amigos del LAZARILLO alguna nota de las obtenidas en mis trabajos con los alumnos acerca de la Casa en Salamanca. Y he creído una de las más adecuadas para el público en general, la fotografía inédita, que hubiera podido servir de ilustración a un lance que refiero en el librito que edité sobre el asunto (sólo con la parte de aquellos trabajos que pudiera también interesar al gran público) en 1917 y que acaba de ser reeditado por la Universidad.

La fotografía no ha podido ser reproducida. Pero el amable interés del amigo Torroella ha elaborado con los datos de la misma el grabado adjunto, representando el lugar de la actual calle del Tostado, que corresponde a la "rebuelta", "junto a la casa de los Azebes" (a nuestra derecha en el grabado), "en la calle de Azotadas", que es como designa el Registro de Actas Capitulares de la Santa Iglesia de Salamanca en la correspondiente al Cabildo extraordinario de 1715, el sitio en que surgió la cuestión a que aquel Cabildo se dedicó exclusivamente y a la que titula "sobre la pared".

No voy a copiar íntegramente todo lo que se consigna en la página 48 de esa obrita reeditada por la Universidad, en cuyo beneficio puede tan sólo redundar esta propaganda; pero quedarán enterados mis actuales lectores solamente con recordar que en ese sitio y arrimados al abrigo de esa misma pared, fué donde se encontraron de frente, pues cada uno venía en dirección opuesta al retirarse una noche a su casa, el Deán de la Catedral y el Rector del Colegio de San Bartolomé. Ambos se comportaron muy correctamente, pero sin ceder tampoco en su respectivo derecho a la pared, y la cuestión hubo de resolverla,

de momento al menos y aunque ello supusiera el mantenimiento de las respectivas posiciones durante largo tiempo, el señor Penitenciario y Vicecancelario, buscado como autoridad para ambas partes. Quien dispuso "prudencial y providencialmente" que cada uno se volviese por el lado de donde había venido, lo que no evitó, sin embargo, la resonancia y trascendencia que tuvo el asunto.

No es de extrañar, dado lo ingrato de la pavimentación por la que quien cediera el paso había de aventurarse, agraviándose el caso por la falta de luz, que tales posiciones se mantuvieran con empeño y no sólo por vana cuestión de etiqueta, en aquellos tiempos. Aun en los actuales, en que la pavimentación de muchas de las principales vías de Salamanca se ha mejorado felizmente, se prefiere también, como es natural, el tránsito por las aceras, aunque ello, desgraciadamente, no sólo por los peatones que caminan libres de bultos y de modo normal, que son los únicos a quienes corresponde el derecho de ocuparlas.

Contribuir a la regularización de ese derecho creo es función propia de un "Lazarillo", y ello me ha movido para comunicar a éste tales observaciones. Que pudie-

ran ser completadas haciendo ver a los chicos, y también a algunos más grandes, que si es cierto que el toro de lidia embiste sin mirar, esa psicología sobre la que ha tratado el reverendo Padre Laburu y sobre la que versaban algunas de las más sustanciosas charlas de mi igualmente paisano, amigo y maestro don Miguel de Unamuno, no es psicología, ni modo de convivencia, a que nosotros debamos adaptarnos. Para andar hemos de mirar y ver. Y si no ¡que venga el "Lazarillo"!

Angel de APRAIZ



R.S.I.



GERARDO DIEGO

Habría que estudiar de una vez el complejo estético de las actividades de Gerardo Diego para entender bien en cada uno de los campos de esa actividad. Habría que explicar por qué su poesía tiene un "fraseo" pianístico, especialmente claro en alguna de sus épocas; por qué su charla dispara siempre de paso a la sugerencia aparentemente superflua—musical, por lo tanto—, y por qué su técnica de pianista lo sacrifica todo, incluso el propio lucimiento, a la interpretación más expresiva, parlante, bien explicada.

Nosotros, los que no conocíamos sino su poesía, estamos mucho más cerca de esa comprensión total después de escucharle estos dos días en dos conferencias tan dispares como la de Falla y la de Bécquer.

Sólo él, maestro de la cabriola apolínea, con su decir ingravido y exactísimo, que sabe fundir la travesura y la trascendencia, pudo llevarnos tan de veras, ante el maestro y su obra, sus paisajes, sus anécdotas y su profunda estética del grillo.

El segundo día, el poeta, siempre ágil, eludió el tópico y la exégesis—él, tan diestro en exégesis—, convirtiéndose en profesor; y dió la más amena lección sobre el pobre Bécquer, sus amores y desamores, y sobre el verdadero original de las Rimas, que todavía se imprimen con las correcciones del bueno de Campillo a los veinte años de publicado el manuscrito auténtico.

Lectura de poemas suyos viejos y nuevos, para todos los gustos, que esto tiene la poesía de Gerardo Diego, alondra—"de verdad" o "disecada"—capaz de volar y amanecer en cualquier clima y cielo.

El pasó por Salamanca y su figura enjuta, su palabra joven, crearon para nosotros un sorprendente remanso poético, misteriosamente igual a aquellos de hace muy pocos años—¿pero es tan viejo Gerardo Diego?—, lejos de las turbulencias de antes y los dolores de después de la tragedia.

A. de los COBOS



Con la pluma vuela el hierro...

POR QUE EXISTE

LAZARILLO

Quizá porque nuestro mundo está superpoblado, todos nos sentimos obligados a justificar nuestra existencia. Tal vez en España a lo único que se tiene derecho es a prepararse para defendernos. Cada día que pasa aumenta el peso de la conciencia de esto, paralelamente al aumento de la presión anglosajona en el mundo, y sobre nuestro mundo.

Mientras esto se agudiza—y si no se agudiza peor: es porque nos sometemos sin chistar, al modo de Panamá, Perú o Colombia o Brasil...—tenemos derecho, como otros lo tienen a ganar dinero o a irse a bailar, a sacar LAZARILLO. Y mayor derecho que el de éstos, porque al fin y al cabo Lazarillo resucita con noción de lo que ha pasado en el mundo desde sus tiempos, dándose cuenta de la tragedia que ha sido la historia de España.

LAZARILLO es, al fin y al cabo, un pícaro imperial. Después de sus aventuras en los años de aprendizaje y peregrinación, muy bien pudo poner una pica en Flandes o en otra parte, en servicio del Emperador o del Rey Católico. LAZARILLO es un pícaro alegre y poco resentido, dispuesto a ver las cosas bien y a que sus picardías fuesen como travesuras algo bárbaras y sanas. No hay en él hielles ni amargura, como lo hay en otros pícaros de época más tardía y triste, porque si su madre no pasó de ser la molinera de Tejares, a lo mejor, quien sabe, su padre fué caballero tan principal como don Diego Hurtado de Mendoza.

LAZARILLO tenía, pues, su parte de buena sangre. Además, los españoles de su tiempo todos la tenían mejor que ahora, porque era el nuestro entonces un pueblo dominador e imperial—y no existía aún el tenaz y sostenido afán anglosajón de recortarnos las alas de invencibles y colonias de América.

¡Hagamos, pues, travesuras en el mundo del espíritu, mientras no podemos llevar nuestras picas a ninguna parte! ¡Hagámoslas alegremente y

sin resentimiento, limpiando de oscuridades y rincones sucios esta encogida, triste, modesta y escéptica vida hispánica!

TOVAR



EL MAESTRO DE

LOS PICAROS

En LAZARILLO no estarán mal noticias de pícaros.

Es el Colegio Seminario de Carvajal, Patronato del Cabildo Catedral de Salamanca, una institución benéfica para pícaros principalmente, siempre que no sean hijos de zapateros. Y es la razón, porque no atreviéndose a comprar para su merienda en la Chopera un Lunes de Aguas el fundador del Colegio una anguila por parecerle excesivo el dispendio, acertó a pasar un remendón que dijo: Un día es un día y se la merendó con escándalo e irritación del señor de Carvajal, que en su Colegio tendría que acoger a los hijos del dispendioso zapatero.

Hasta hace poco, tenían estos Carvajales su maestro de Primeras Letras, y a su clase acudían otros muchachos de la ciudad.

Veamos lo que en 1879 (17 de agosto) exponía al Cabildo el Dómine famélico de Carvajal.

“Ignacio Rodríguez de la Mata, Maestro de Primeras Letras en el Colegio Seminario de Carvajal, hizo presente al Cabildo, se hallaba con muchísima necesidad por la esterilidad del del tiempo y por no tener más que cuatro reales diarios, los que no llegan para comprar el pan preciso para su familia, por cuya causa tiene todas sus alhajas empeñadas en el Monte de Piedad, donde, en el caso de no ir a buscarlas, se las venderían, como también el haber tantas Escuelas de limosna en esta ciudad, con cuyo motivo no acuden muchachos algunos de fuera que le puedan contribuir. Por lo que suplica al Cabildo se digne concederle la limosna que fuere su superior aprecio, para redimir en parte la vejección.

“Y oído por el Cabildo, en atención

a los muchos años que servía en dicho ministerio, a lo calamitoso de los tiempos y a que el expresado Colegio no se hallaba empenado, y podía sufrir cualquier dispendio, el referido señor Dean expuso la limosna de doscientos reales por una vez en expensa de aquél, y que se voten por aba y altramuz bajo la declaración regular”.

Comentario a esta acta, sería el recordar las funciones para los pícaros hermanos de Lazarillo, que junto al Tormes había en Salamanca.

Las hambres famosas de los Maestros de Escuela se hicieron proverbiales; la de éste, lo acredita. Solo cuatro reales a fin del siglo XVIII, no era gran cosa. Sin embargo, la necesidad no debía ser tan patente cuando en el Cabildo la concesión solo fué por mayoría.

Y eso que era verdad, que en 1879 había escasez, pues los documentos de aquel año en la Catedral hablan de la carestía de los alimentos, la esterilidad de los tiempos, la sequía pertinaz, etcétera.

También se recuerda en el acta, la existencia del Monte de Piedad.

Y en fin, la abundancia de instituciones docentes gratuitas en Salamanca, que abarcaban toda la posible población escolar. Y por cierto, hasta la desamortización liberal daban estudios y carrera a centenares de niños y jóvenes.

La solicitud del pobre Maestro lleva toda la dignidad de aquel tiempo tan jerarquizado y tan suntuoso.

Su pompa barroca iba a ser muy pronto pábulo del espantoso incendio revolucionario y desamortizador.

JOSE ARTERO



EL SONETO, REFUGIUM

PECCATORUM

Se nos hace difícil en el soneto hallar la poesía inevitable. Esa que Wordsworth no encontraba suficientemente en Goethe. El exceso de perfección formal trasluce el esfuerzo y reparte, distrae, la atención. Pero es buen reducto, en flor de disciplina, contra esa otra poesía difusa y gris cuyo tránsito conocimos. (El gris, color de masas, de sombras, que puede

hacerse en la paleta con residuos mezclados de tintas puras.)

Sin embargo puede parecerse exceso de generosidad pagar culpas ajenas; o cuando menos demasiada previsión curarse en salud, valga el romance, cuando el aura de las musas insiste en una invitación sin márgenes de cautela.

Ello viene a cuento del aviso de navegantes lanzado por un vigía—Fernando Díaz-Plaja, en "Solidaridad Nacional", de Barcelona—. "Arquetipo de lo acabado y perfecto—nos dice—, el soneto canaliza hoy muchas venas poéticas que están seguras de que éste es un refugio contra tentaciones de verso libre con resabios sobrerrealistas que aún quedan por estos mundos de Dios".

Efectivamente, algo parece tener hoy el soneto de refugio. Y no así como quiera, sino de refugio labrado, construido, en peña dura: por la seguridad que persigue en fuerza de pétreas arquitecturas, por ese querer proteger la vena delicada del estro cabe sólidos perfiles. Y también por el esfuerzo que supone: denodado, a veces, como incisión en roca viva, preciosista otras como difícil talla de diamante.

No cabe, empero, exagerar. La poesía, cuando lo es, se somete con generosa docilidad lo mismo a la estrofa desmelenada o claudicante que al número y medida concertados. Señalemos solamente una propensión que a la larga puede tener sus peligros. Podría dilapidarse en salvas—si bien tan perfecto el eco que finja su verdad—ese caudal recién nacido que espera aún la voz emocionada y numerosa que consiga poner al tiempo un dogal inmarcesible de mirtos y laureles.

R. S. T.



LAS MEMORIAS DE PIO BAROJA

No puedo intentar hacer una crítica de Baroja, pues, aparte de otras muchas cosas, me falta, por lo menos, la indispensable de verlo con cierta frialdad. Para

mí, Baroja es don Pío, queriendo expresar con este tratamiento todo un pasado cariñoso y entrañable, en el que él, a través de sus libros, me vino sirviendo como el viejo y experto pariente que le va a uno descubriendo la vida a costa de ir contando la suya propia.

Las memorias de Baroja han dejado casi en todos un enorme ¡Oh! de asombro, del que pocos han reaccionado: los que lo admiran no ven llegada todavía la hora de expresarse, y solamente aquellos que nunca le han tenido simpatía, o a los que la sangre obliga y justifica, han dicho sus palabras; de éstos los primeros parece así como si le estuviesen agradecidos por haberle dado nuevos motivos de escándalo, para mostrarnos de esa manera la fina sensibilidad de su piel. Si hay motivo de escándalo, que es posible que los haya, no es precisamente por finura de epidermis.

La clave de las memorias hay que buscarla en la misma obra del autor, sin ir más lejos. Si equivocados por la misma abundancia de material que en sus memorias nos da de pequeñas rencillas, de pequeños fracasos, etcétera, pretendemos encontrar el significado en la actitud rencorosa que se puede deducir, corremos el grave peligro de equivocarnos, perdiendo, por lo tanto, un magnífico material para el conocimiento de él mismo y de los hombres de su tiempo.

Baroja ha dicho, para justificar su estilo, que él, lo mismo que Stendhal, "no vacilaría en escoger la palabra inelegante cuando añada un matiz más a las ideas", y esto que él dice de su estilo se puede hacer extensivo a la totalidad de su pensamiento. Se reconoce hijo directo del siglo de

las luces. La ciencia experimental, con su verdad pesable y medible, pretende él que sea su credo; no hay nada más allá de las ideas biológicas de Darwin; en política su escepticismo no le permite aceptar otra cosa que el despotismo ilustrado como mal menor. Pero esa preocupación por la Verdad, con mayúscula, del siglo pasado que preside su obra aparentemente y que es para mí la que le hace escribir sus memorias como las escribe, no es la que nos ha hecho admirarle; al contrario, lo que hemos admirado es el hombre que se esconde debajo de esa ideología y que es tan fuerte y humano que se ha puesto encima de ella, el hombre de *Zalacain* y de *César* o *Nada* y de todas y cada una de sus novelas, que aunque su lógica y sus ideas las haya hecho morir y fracasar han vivido por su propia fuerza y han tenido eco en nuestra vida.

Pero esa preocupación por la verdad, esos métodos rigurosos y científicos, que cuando los encontrábamos fracasar en su novelas nos hicieron primeramente sentir el desencanto de que nuestra vida estaba perdida y que luego, cuando recobramos el camino perdido, nos hacían sonreír con indulgencia como si fuese la broma, que pasábamos por alto, de un antiguo duendecillo familiar, tiene allí, cuando se trata de escribir su vida y la de su tiempo, una justificación y una utilidad enorme. Baroja, en sus memorias, nos va a dejar la partida de nacimiento de cada una de las ideas de su tiempo. Y podemos estar seguros que no les pondrá apellidos aristocráticos para que hagan buen papel, ni disminuirá su edad hasta hacerlas hijas de este momento.

Mariano MOLINA



LAZARILLO desea mantener las mejores relaciones de camaradería con aquellas publicaciones que responden a un criterio semejante. Aceptaremos, pues,—y agradeceremos—todo intercambio de revistas que se nos ofrezca.

LAZARILLO, que sale a la luz en Salamanca, sabe a cuanto le obliga el antiguo renombre de la ciudad de los Estudios en cosas del espíritu. Pretenderá, pues, mantenerse siempre en el alto nivel de selección a que aspira.

Aunque nace por la voluntad de un grupo radicado en Salamanca y en el cual, junto a nombres que han alcanzado ya un prestigio que rebasa sus fronteras, se encuentran otros que ahora inician sus primeras salidas en el mundo de las letras, no se cierra en un campo acotado exclusivamente suyo. Aquí encontrarán buena acogida cuantos tengan algo que decir —prosa o verso—ateniéndose, claro es, al criterio y orientación que esperamos haber reflejado, con claridad suficiente, desde este primer número.



En el segundo número de LAZARILLO publicaremos originales de JUAN APARICIO, DAMASO ALONSO, MENENDEZ PIDAL, ANTONIO TOVAR, FRANCISCO BRAVO, MANUEL GARCIA BLANCO, RAFAEL S. TORROELLA, ALFREDO DE LOS COBOS, CARLOS ECHEGARAY, GERARDO CAMINO, DESIDERIO M. PATINO, ETC.

LAZARILLO

Redacción y Administración:
Avenida de Mirat, 23

SUSCRIPCIÓN:

Semestre: 8 pesetas
Año: 15 »



